

STEPHEN KING

ROSTRO EN
LA MULTITUD

STEWART
O'NAN

Desde la muerte de su mujer, Dean Evers se pasa las tardes apoltronado en el sofá viendo partidos de béisbol. Durante una de estas tardes solitarias, mientras mira un partido de los Devil Rays contra los Mariners, la visión de una figura entre las gradas lo saca de su letargo. Dos filas detrás de la multitud, en el asiento asignado a un invitado especial, alguien le mira fijamente desde el otro lado del televisor.

Es el rostro de una persona de su pasado, de hace décadas, de alguien que no debería estar en un partido de béisbol ni tampoco en ningún lugar de este planeta. Y así empiezan a desfilar por la pantalla personas de su pasado. Hasta que un día aparece la más terrorífica de todas...



Stephen King & Stewart O'Nan

Un rostro en la multitud

ePub r1.2

leandro03.12.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *A Face in the Crowd*
Stephen King & Stewart O'Nan, 2012
Traducción: Manu Viciano
Retoque de portada: leandro
Editor digital: leandro
ePub base r1.0

EL VERANO QUE SIGUIÓ A LA MUERTE DE SU ESPOSA, Dean Evers se aficionó a ver béisbol en televisión.

Como muchas aves migratorias procedentes de Nueva Inglaterra, era un hincha de los Red Sox que había huido de las tormentas del noroeste hacia la costa del golfo de Florida y había adoptado como segundo equipo magnánimamente a los Devil Rays, por aquel entonces unos consumados paquetes. Cuando era entrenador en liguillas de barrio nunca le había entusiasmado el deporte, nunca le había obsesionado como a su hijo Pat; sin embargo, ahora, noche tras noche, mientras el colorido ocaso teñía el cielo al oeste, se descubría poniendo el partido de los Rays en la tele para llenar su apartamento vacío.

Sabía que no era más que una forma de matar el tiempo. Había estado casado con Ellie cuarenta y seis años, para lo bueno y para lo malo, y no tenía a nadie que recordara esos tiempos. Había sido ella quien lo había convencido para que se mudaran a St. Petersburg, y entonces, menos de cinco años después de que cambiaran de casa, a Ellie le dio una apoplejía. Lo terrible era que estaba en muy buena forma. Acababan de jugar un tonificante partido de tenis en el club. Ellie había vuelto a ganarle, lo que significaba que él pagaba las copas. Estaban sentados bajo una sombrilla, tomando unos gin-tonics helados, cuando Ellie hizo una mueca y se llevó una mano a un ojo.

—¿Demasiado frío? —preguntó Evers.

Ella se quedó inmóvil, sentada frente a él y mirando con su otro ojo fijamente a lo lejos.

—Ellie —dijo Evers al tiempo que alargaba el brazo para tocar su hombro desnudo. Más tarde, aunque el médico dijo que era imposible, recordaría que tenía la piel muy fría.

Ellie cayó de bruces contra la mesa, derramando las copas y haciendo que acudieran camareros, el director del club y el socorrista de la piscina, que le apoyó con suavidad la cabeza sobre una toalla doblada y se arrodilló junto a ella para controlarle el pulso hasta que llegó la ambulancia. Había perdido la movilidad de la parte derecha del cuerpo, pero estaba viva, que era lo importante. Solo que muy pronto, ni siquiera un mes después de que acabara la fisioterapia y volviera a casa para la rehabilitación, Ellie sufrió un segundo ictus fatal mientras Evers la duchaba, una escena que se repetía tan a menudo en su mente que Evers tuvo que mudarse. Y así fue como acabó allí, en un bloque de apartamentos en la costa donde no conocía a nadie y cualquier pasatiempo era bienvenido.

Cenaría mientras veía el partido. Ahora se preparaba él la cena. Se había hartado de comer solo en restaurantes y de gastarse el dinero en comida para llevar. Todavía estaba aprendiendo lo básico. Sabía hervir pasta, hacer un filete a la plancha y cortar un pimiento rojo para completar una ensalada de bolsa. No tenía ninguna gracia y, a menudo, el resultado lo desmoralizaba; no disfrutaba con aquello. Esa noche le tocaba una chuleta de cerdo adobada que había comprado en un supermercado Publix. Bastaba con ponerla en una sartén caliente, pero Evers nunca sabía cuándo la carne estaba hecha. Dejó la chuleta chisporroteando, preparó una ensalada y dispuso los cubiertos en la mesita de delante del televisor. La grasa del fondo de la sartén empezó a chamuscarse. Apretó la carne con el dedo para ver si estaba cruda, pero no lo tuvo claro. Cogió un cuchillo, le hizo un corte y salió sangre. Iba a costarle horrores limpiar la sartén.

Y cuando por fin se sentó y dio el primer bocado, la chuleta estaba dura.

—¡Qué horror! —se regañó—. Desde luego, no eres el chef Ramsay.

Los Rays jugaban contra los Mariners, por lo que las gradas estaban vacías. Cuando el equipo visitante eran los Red Sox o los Yankees, el Tropicana se llenaba; en cualquier otro caso, permanecía desierto. En los malos tiempos de antaño tenía sentido, pero ahora el equipo era un contrincante serio. Mientras David Price corría entre la alineación, Evers vio con desaliento que varios espectadores hablaban por el móvil en los asientos acolchados de detrás de la base

meta. Como era de esperar, un adolescente empezó a mover los brazos como un náufrago, de modo que cabía suponer que saludaba a alguien que estaba viendo el partido desde casa.

—Mírame —dijo Evers—. Salgo en la tele, luego existo.

El chico saludó durante varios lanzamientos. Quedaba justo encima del hombro del árbitro, y, cuando Price sirvió una bola con efecto hacia dentro, la repetición amplió la zona de *strike* y magnificó la sonrisa idiota del chaval, que movía los brazos a cámara lenta. Dos filas por detrás, sentado solo, con su bata blanca de médico y el ralo cabello engominado y peinado hacia atrás, tieso y estoico como un dios tiki, estaba el viejo dentista de Evers en Shrewsbury, el doctor Young.

Su madre siempre lo llamaba «Young Dr. Young», el joven doctor Young, porque el hombre ya era mayor incluso cuando Evers era un crío. Había sido marine en el Pacífico, y cuando regresó de Tarawa había perdido parte de una pierna y toda la esperanza. Había dedicado el resto de su vida a vengarse, pero no con los japoneses, sino con los niños de Shrewsbury: en su consulta, hurgaba en sus esmaltes buscando puntos débiles con la implacable punta de su gancho de acero inoxidable y les pinchaba en las encías.

Evers dejó de masticar y se inclinó hacia delante para ver si de verdad era él. Pelo engominado hacia atrás, frente alta como el monte Rushmore, gafas bifocales de culo de botella y labios finos que se volvían blancos cuando hacía fuerza con el taladro... Sí, era él, y no había envejecido ni un solo día desde la última vez que lo había visto, hacía más de cincuenta años.

Era imposible. Debería de tener como mínimo noventa años. Pero Florida era un humidificador repleto de hombres de su edad, muchos de ellos bien conservados, casi momificados bajo su guayabera y su bronceado.

«No —pensó Evers—, el doctor Young fumaba.» Esa era otra cosa que detestaba de él: la rancia peste de su aliento y de su ropa cuando se inclinaba sobre él para intentar hacer palanca. El paquete rojo encajado en el bolsillo de la bata: Lucky Strike, sin filtro, los verdaderos clavos del ataúd. «Lucky Strike significa buen tabaco», decía el viejo eslogan. Quizá fuera un hermano pequeño, o un hijo. O un doctor Young aún más joven.

Price lanzó una bola rápida para terminar su entrada y la emisión quedó interrumpida por los anuncios, lo que devolvió a Evers al presente. La chuleta de cerdo estaba dura como el guante de un receptor. La tiró a la basura y cogió una cerveza. El primer trago frío lo espabiló. Aquel hombre no podía ser el doctor Young, con sus manos temblorosas por la resaca y algo más que un toque de ginebra en su aliento a tabaco. Su condición recibía el nombre de «Síndrome de estrés postraumático», pero poco le importaba eso a un niño que se hallaba a merced de sus instrumentos. Evers lo odiaba y, desde luego en algún momento, si no le deseó la muerte, sí que desapareciera.

Cuando los Rays pasaron a batear, el adolescente seguía moviendo los brazos, pero las filas de detrás estaban vacías. Evers no las perdió de vista, a la espera de que el doctor Young volviera con una cerveza y un perrito caliente, pero mientras transcurrían las entradas y Price acumulaba bateadores rivales retirados, el asiento permaneció vacío. Cerca, una mujer con un top de lentejuelas empezó a saludar a la cámara.

Evers deseó que Ellie estuviera allí para contárselo, o poder llamar a su madre y preguntarle qué había sido del joven doctor Young, pero, como ocurría con buena parte de su existencia diaria, no tenía con quién compartir aquello. Lo más probable era que aquel hombre fuese otro viejo sin nada mejor que hacer que desperdiciar las noches que le quedaban viendo béisbol, solo que en vez de hacerlo por televisión lo hacía en el estadio.

Aquella noche, sobre las tres de la madrugada, Evers comprendió que el castigo más temido por los presos fuera la celda de aislamiento. Una paliza tenía que concluir en algún momento, pero un pensamiento podía seguir y seguir, alimentándose de sí mismo y luego del insomnio.

¿Por qué el doctor Young, si llevaba años sin pensar en él? ¿Se trataría de una señal? ¿De un presagio? ¿O estaba perdiendo poco a poco, como temía desde que le comunicaron la muerte de Ellie, el contacto con la realidad?

Para refutar aquellas dudas, pasó el día siguiente haciendo recados por la ciudad, charlando con el empleado de la oficina de Correos y con la mujer del mostrador de la biblioteca; eran conversaciones sin importancia, pero implicaban una conexión, algo en lo que apoyarse. Como todos los veranos, Pat y su familia estaban en la casa que los padres de Sue tenían en el Cabo. Aun así, Evers llamó por teléfono y les dejó un mensaje en el contestador. Cuando volvieran, tenían que quedar. Le encantaría llevarlos a todos a cenar a algún sitio, donde ellos quisieran, o tal vez a ver un partido de béisbol.

Esa noche se preparó la cena como si no hubiera pasado nada, aunque ahora estaba muy pendiente del reloj y acabó haciendo el pollo a la parrilla deprisa y corriendo para no perderse el primer lanzamiento. Los Rays volvían a jugar contra los Mariners y, de nuevo, había poco público; las gradas superiores eran un mar azul. Evers se sentó delante del televisor pero, en vez de fijarse en quién lanzaba, centró su atención en la tercera fila, a la izquierda del árbitro. Como respondiendo a sus dudas con un burlón chasquido de labios, Raymond, la mascota del equipo, una criatura de pelo azul que no existía en el mundo natural, cruzó las gradas agitando el puño en dirección a la espalda de Ichiro.

—Te estás volviendo majara —dijo Evers—. Eso es todo.

La estrella de los Mariners, Felix Hernandez, servía para su equipo, y el Rey Felix estaba inspirado. El juego era rápido. Cuando Evers abrió su cerveza de todas las noches, ya estaban en la sexta y los Mariners iban dos arriba. Fue entonces, en el momento en que el rey Felix dejó a Ben Zobrist sin mover el bate siquiera, cuando Evers vio, tres filas más atrás, a su antiguo socio Leonard Wheeler vestido con el mismo traje de rayas diplomáticas con que lo enterraron.

Leonard Wheeler —siempre Leonard, nunca Lennie— se estaba zampando un perrito caliente y lo regaba con lo que a los pedantes del *SportsCenter* en la ESPN les gustaba llamar una «bebida para adultos». Por un instante, demasiado sorprendido para la incredulidad, el mero hecho de pensar en Wheeler despertó todavía en él una ira visceral.

—¡Hijo de puta mandón! —gritó, y soltó su propia bebida para adultos, que acababa de llevarse a los labios.

La lata golpeó contra la bandeja que tenía en el regazo y luego cayó al suelo, entre sus pies, donde el pollo, el puré de patatas instantáneo y las judías verdes Birds Eye (de un color que tampoco existía en el mundo natural) se desparramaron en la alfombra en medio de un espumoso charco de cerveza.

Evers no se dio cuenta y siguió mirando fijamente su televisor nuevo, tan de última generación que a veces le daba la impresión de que, si levantara una pierna y agachara la cabeza para no chocar con el marco, podría meterse en la imagen. Aquel hombre era Wheeler, no había duda: las mismas gafas con montura dorada, la misma mandíbula prominente, los mismos extraños labios carnosos, la misma cabeza con su vistoso cabello níveo que le daba aspecto de actor de culebrón, del protagonista maduro que interpreta al doctor santurrón o al magnate a quien pone los cuernos su mezquina mujer florero. El enorme pin de la bandera que lucía en la solapa también era inconfundible. Siempre llevaba ese condenado chisme, como un congresista incompetente. Una vez Ellie comentó en broma que seguramente Lennie (cuando estaban los dos solos siempre le llamaban así) lo ponía debajo de la almohada antes de acostarse.

Entonces la incredulidad lo arrolló e inundó su sorpresa inicial como los glóbulos blancos inundan un corte reciente. Evers cerró los ojos, contó hasta cinco y los abrió de nuevo; estaba seguro de que vería a alguien que simplemente se parecía a Wheeler o, quizá peor, que no vería a nadie.

El plano había cambiado. La cámara no enfocaba al siguiente bateador, sino al jardinero izquierdo de los Mariners, que estaba echando un bailecito.

«Eso sí que no lo había visto nunca —dijo uno de los comentaristas de los Rays—. ¿Qué diantre pretende Wells, DeWayne?»

«Estará jugando al despiste, supongo», respondió DeWayne Staats, y los dos se rieron.

«Ya basta de diálogos ingeniosos —pensó Evers. Movi6 los pies y pis6 la pechuga de pollo empapada en cerveza—. Volved al maldito plano de la base meta.»

Como si lo hubiera oído desde su unidad móvil llena de aparatos, el productor cambi6 de plano, pero solo durante un segundo. Luke Scott bate6 una bola rasante hacia el segunda base de los Mariners y, en un abrir y cerrar de ojos, el estadio desapareci6 de la pantalla y Evers se qued6 con el pato de los seguros Aflac, que intentaba vender pólizas a base de tapar agujeros en una barca.

Evers se levant6, pero a medio camino sus rodillas cedieron y volvi6 a caer en el sill6n. El cojín son6 como un fuelle cansado. Evers respir6 profundamente, solt6 el aire despacio y se sinti6 un poco m6s fuerte. En el segundo intento logr6 ponerse de pie y camin6 con esfuerzo hacia la cocina. Sac6 el producto para limpiar alfombras de debajo del fregadero y ley6 las instrucciones. Ellie no habría tenido que leerlas. Se habría limitado a hacer algùn comentario entre enfadado y gracioso (su favorito era «No se te puede sacar de casa, pero tampoco dejarte dentro») y luego habría hecho desaparecer el desastre.

—Ese no era Lennie Wheeler —dijo Evers al volver a la sala de estar vacía—. Es imposible.

El pato ya no estaba. Lo habían reemplazado un hombre y su esposa besuqueándose en un jardín. No tardarían en subir la escalera de la casa y hacer el amor con la ayuda de una Viagra, porque a esa edad uno sabía cómo hacer las cosas. Evers también sabía cómo hacer las cosas (al fin y al cabo había leído las instrucciones del bote), así que se arrodill6, fue devolviendo su empapada cena a la bandeja con la ayuda de una cuchara, y roci6 una nube de limpiador sobre el pringue restante a sabiendas que, de todas formas, seguramente quedaría mancha.

—Lennie Wheeler está tan muerto como Jacob Marley de *Un cuento de Navidad*. Asistí a su funeral.

Asisti6 y, aunque su rostro se mostr6 todo el tiempo convenientemente grave y apesadumbrado, había disfrutado. Tal vez la risa fuera la mejor medicina, pero Dean Evers creía que sobrevivir a tus enemigos era la mejor venganza.

Evers y Wheeler se habían conocido en la escuela de negocios y con sus escasos ahorros habían fundado Speedy, una empresa de alquiler de furgonetas después de que Wheeler descubriera «Un enorme agujero del tamañ6 del Sumner Tunnel de Boston» en el mercado de Nueva Inglaterra. Al principio a Evers no le molestaba la actitud dominante de Wheeler, resumida a la perfección en la placa que colg6 en su despacho: CUANDO QUIERA MI OPINI6N, TE LA PEDIRÉ. En aquellos tiempos, antes de que Evers empezara a buscar su propio camino, ese tipo de actitud le había ido bien. Wheeler, pensaba Evers a veces, le había dado nervios de acero. Pero los jóvenes crecen y desarrollan sus propias ideas.

Al cabo de veinte años, Speedy se había transformado en la mayor empresa independiente de alquiler de furgonetas de Nueva Inglaterra y en una de las pocas sin contaminar por el crimen organizado ni los problemas de impuestos. Fue entonces cuando Leonard Wheeler —nunca Lennie, salvo cuando Evers y su esposa estaban acurrucados en la cama riéndose como niños— decidi6 que había llegado el momento de expandirse a escala nacional. Evers se alz6 por fin sobre sus patas traseras y plante6 objeciones. No de manera delicada, como en anteriores desacuerdos, sino con firmeza. En voz bien alta, incluso. Estaba seguro de que, aun con la puerta cerrada, en la oficina todos les oyeron.

El partido regres6 mientras él esperaba a que el limpiador surtiera efecto. Hellickson seguía sirviendo para los Rays, y estuvo acertado aunque no tanto como Hernandez. Cualquier otra

noche, Evers le habría enviado ánimo mentalmente, pero esa noche no. Esa noche se sentó sobre sus talones a los pies del sillón, con sus enclenques rodillas a ambos lados de la mancha que intentaba limpiar y escrutó las gradas de detrás de la meta.

Ahí estaba Wheeler, seguía allí, ahora con una cerveza en una mano y un móvil en la otra. La mera visión del teléfono llenó a Evers de indignación. No porque los móviles deberían estar tan prohibidos en los estadios como fumar, sino porque Wheeler había muerto de un infarto mucho antes de que esos chismes se popularizaran. ¡No tenía derecho a usarlo!

«¡Uau, ese bateo de Justin Smoak ha salido realmente largo! —vociferó DeWayne Staats—. ¡Más largo que un día sin pan!»

La cámara siguió el trayecto de la bola hacia las gradas casi desiertas y permaneció allí para captar a los dos chicos que intentaron atraparla. Uno de ellos se alzó victorioso y la agitó en el aire mirando a la cámara al tiempo que hacía un movimiento de caderas particularmente obsceno.

—¡Que te den! —bramó Evers—. Sales en la tele. ¿Y qué?

No solía hablar así, pero ¿no le había dicho exactamente eso mismo a su socio cuando discutieron sobre la expansión de la empresa? Sí. Y no solo dijo «Que te den», sino «Que te den, Lennie».

—Y te lo merecías. —A Evers le sorprendió descubrirse al borde del llanto—. Estaba harto de que me pisotearas una y otra vez, Leonard. Hice lo que tenía que hacer.

La cámara regresó donde debía estar, que era enfocando a Smoak mientras hacía su carrera al trote señalando al cielo —bueno, a la bóveda— y cruzaba la base meta entre los aplausos apáticos de las dos docenas de hinchas de los Mariners que había en el estadio.

Kyle Seager entró a batear. Detrás de él, en la tercera fila, el asiento que había ocupado Wheeler estaba vacío.

«No era él —pensó Evers mientras frotaba la mancha (esa salsa barbacoa no desaparecería nunca del todo)—. Simplemente era alguien que se le parecía.»

Con el joven doctor Young ese pensamiento le había servido de poco, y en ese momento no le sirvió de nada.

Apagó el televisor y decidió acostarse temprano.

En vano. Le dieron las diez y la medianoche. A las dos de la madrugada se tomó un Ambien de Ellie con la esperanza de que no lo matara (hacía dieciocho meses que había caducado). No lo mató, pero tampoco le ayudó a dormir. Tomó media pastilla más y se quedó tumbado en la cama pensando en la placa que había tenido colgada en su despacho. Decía: DADME UNA PALANCA LO BASTANTE LARGA Y UN PUNTO DE APOYO LO BASTANTE FUERTE Y MOVERÉ EL MUNDO. Mucho menos arrogante que la placa de Wheeler, pero quizá más útil.

Cuando Wheeler se negó a dejarle escapar del acuerdo societario que Evers había cometido la imprudencia de firmar cuando era joven y humilde, necesitó una palanca en condiciones para obligar a su socio a cambiar de opinión. Y resultó que la tenía. Leonard Wheeler se revolcaba con algún jovencito de vez en cuando. Bueno, joven, joven, no; nada delictivo, universitarios. La ayudante personal de Wheeler, Martha, durante una noche bañada en ron en una convención en Denver, le dijo a Evers que sobre todo le ponían los del tipo socorrista. Mas tarde, sobria y arrepentida, Martha le rogó que no se lo contara a nadie. Le dijo que Wheeler era un buen jefe, duro pero bueno, y su esposa era un sol. Lo mismo podía decirse de su hijo y de su hija.

Evers mantuvo la boca cerrada, incluso se abstuvo de compartir aquel caramelito con Ellie. Si su esposa hubiera sabido que pretendía usar una información tan agravante para romper el acuerdo societario, se habría quedado horrorizada. «Seguro que no hace falta que te rebajes a eso», le habría dicho, y lo habría dicho de corazón. Ellie creía entender el aprieto en el que se hallaba su marido, pero no era así. Lo más importante que no entendía era que todos se hallaban en un aprieto: también ella y el pequeño Patrick, no solo Evers. Si Speedy se

transformaba en una empresa de ámbito nacional en aquel momento, no pasaría ni un año antes de que los gigantes la hundieran. Dos como mucho. Evers lo sabía a ciencia cierta, tenía las cifras que lo demostraban. La corriente se llevaría por delante todo el trabajo que habían hecho hasta entonces, y Evers no tenía la menor intención de ahogarse en el mar de las ambiciones de Lennie Wheeler. No podía permitirlo.

No empezó con «Que te den, Lennie». Primero lo intentó con un planteamiento razonable y utilizó las estadísticas más recientes para apoyar su exposición. La cuota de mercado que tenían en Nueva Inglaterra se debía a su capacidad para alquilar vehículos con posibilidad de retorno en otra ciudad a unos precios que los grandes no podían igualar. Dado que cubrían una zona muy compacta, podían reequilibrar toda su flota en menos de tres horas sin necesidad de cobrar un suplemento, algo imposible para la competencia. El día 1 de septiembre, cuando los pisos de estudiantes se llenaban, Speedy era la dueña de Boston. Expandir su parque móvil para intentar cubrir los cuarenta y ocho estados contiguos significaría sufrir los mismos quebraderos de cabeza que otras empresas como U-Haul y Penske y tener el mismo modelo de negocio farragoso que habían evitado deliberadamente. ¿Por qué iba a querer Speedy ser como los demás cuando Speedy estaba hundiendo a los demás? Por si Wheeler no se había dado cuenta, Penske estaba en bancarrota y Thrifty también.

—Precisamente por eso —dijo Wheeler—. Con los grandes fuera de juego, es el momento perfecto. No intentaremos ser como ellos, Dean. Dividiremos el país en regiones y haremos lo mismo que ahora.

—¿Cómo funcionará eso en el noroeste? —preguntó Evers—. ¿O en el sudoeste? ¿O incluso en el medio oeste? El país es demasiado grande.

—Puede que al principio no sea muy rentable, pero es cuestión de tiempo. Ya has visto cómo está la competencia. Dieciocho meses, dos años como mucho, y los habremos hundido del todo.

—Estamos desbordados y quieres que nos endeudemos más.

Mientras discutían, Evers creía realmente en su razonamiento. Incluso para una empresa que cotizaba en Bolsa, los problemas de capitalización y de flujo de efectivo serían insalvables, argumento que dos décadas después, cuando llegó la recesión, se demostró de una certeza devastadora. Pero Lennie Wheeler estaba acostumbrado a salirse con la suya, y nada de lo que dijera Evers iba a convencerlo. Wheeler ya había hablado con varias sociedades de capital de riesgo y había impreso un folleto con un diseño elegante. Tenía intención de presentar su propuesta a los accionistas ignorando las protestas de Evers si era necesario.

—No creo que te interese hacer eso —dijo Evers.

—¿Por qué no, Dean?

Había intentado por todos los medios llevar el asunto con ética y honor. Y sabía que tenía razón; el tiempo lo demostraría. En el mundo de los negocios todo era un medio para un solo fin: la supervivencia. Evers estaba firmemente convencido de eso entonces y seguía pensando lo mismo en la actualidad. Debía salvar la empresa. Por eso recurrió a la opción nuclear.

—No creo que te interese hacerlo porque no creo que te gustase lo que llevaría yo a la junta de accionistas. O, mejor dicho, a quién.

Wheeler soltó una risita desagradable. Miró a Evers como si acabara de desenfundar una pistola.

—¿A quién?

—Los dos sabemos a quién —dijo Evers.

Wheeler se pasó una mano despacio por la mejilla, hacia arriba.

—Y yo que me preguntaba por qué habías entrado como si ya hubieras ganado algo...

—No es cuestión de ganar. Es cuestión de evitar un error que nos lo arrebatara todo. Lamento haber llegado hasta aquí. Si me hubieras escuchado...

—Vete a la mierda, Dean —dijo Wheeler—. No intentes disculparte por chantajearme. Es de mala educación. Y ya que estamos los dos solos, ¿por qué no enrollas bien apretadas esas hojas de cálculo? Es la única manera de que entren en ese culo tan estrecho que tienes. Y reconócelo: eres un cobarde. Siempre lo has sido.

Antes de un año, Evers ya había comprado a Wheeler su parte de la empresa. La separación fue cara y, vista en retrospectiva, un trato mucho más ventajoso para Wheeler que el que merecía. Lennie abandonó Nueva Inglaterra, después a su esposa y por último, este valle terrenal de lágrimas en las Urgencias de Palm Springs. Evers acudió por respeto a su funeral, en el que, como era de esperar, no había nadie del tipo socorrista y la única familiar era su hija, que le agradeció su presencia con frialdad. Él no le respondió lo primero que le vino a la mente: «El sarcasmo no va con las gordas, cariño». Pocos años después, tras examinar meticulosamente las cifras y con el apoyo de Bain Capital, Speedy acabó expandiéndose a escala nacional mediante una versión adelgazada de su viejo plan de negocios regional. Que Evers tuviera razón al principio —que todo terminara con los abogados de Speedy presentando las mismas solicitudes de concurso de acreedores que sus vencidos rivales— no le sirvió de consuelo. Sin embargo, salió del negocio con una suma abultada, que era lo importante.

Lo curioso era que si Wheeler hubiera investigado mínimamente, un par de preguntas a Martha como quien no quiere la cosa e interpretando sus parpadeos, podría haberse blindado por completo. Cuando Evers se dio cuenta, se desprendió de ella poco a poco, lo cual fue un alivio porque ambos tenían conciencia. Su aventura había sido más que agradable y, en lugar de despedirla, Evers se la acercó más, la nombró su ayudante ejecutiva, le dobló el salario y trabajó codo con codo junto a ella hasta que, por fin, Martha aceptó un generoso acuerdo de jubilación anticipada. En su fiesta de despedida, Evers pronunció un discurso, le regaló una Honda Goldwing y le dio un beso en la mejilla entre sus copas alzadas y un caluroso aplauso. La fiesta terminó con un pase de diapositivas en las que se veía a Martha en su vieja Harley Tri-Glide mientras George Thorogood cantaba «Ride On, Josephine».

Fue un momento extraño para Evers, una despedida alegre. Más allá de la intriga tonta, Martha siempre le había gustado: su risa descarada y cómo tarareaba para sí misma mientras tecleaba con un lápiz detrás de la oreja. Lo que dijo en el discurso, que Martha no era solo una ayudante sino una amiga querida y leal, era verdad. Aunque hacía siglos que no hablaba con ella, era la única persona del trabajo a la que añoraba.

En la cama, mientras el Ambien empezaba a hacer efecto, Evers se preguntó medio adormilado si seguiría viva o si, al día siguiente, pondría el partido y la vería tras la base meta con el vestido amarillo de margaritas, sin mangas, que a él tanto le gustaba.

Se levantó a las ocho, una hora más tarde de lo habitual, y se agachó para recoger el periódico del felpudo. Consultó la página de deportes y se enteró de que los Rays tenían la noche libre. No pasaba nada; podía ver *CSI*. Se duchó, tomó un desayuno saludable en el que el germen de trigo tenía el papel protagonista y se sentó delante del ordenador para buscar información sobre el joven doctor Young. Cuando aquella maravilla del siglo *xxi* no consiguió nada (quizá él no supo usarla, a la que se le daban bien los ordenadores era a Ellie), descolgó el teléfono. Según el archivo de esquelas del *Herald-Crier* de Shrewsbury, el dentista ogro de la infancia de Evers había fallecido en 1978. Lo más asombroso era que solo tenía cincuenta y nueve años, casi diez menos que él ahora. Evers reflexionó sobre lo incognoscible: ¿había sido la guerra, los Lucky Strike, su oficio, o una combinación de las tres cosas lo que había acortado su vida?

En la esquila del dentista no había nada extraordinario, solo las habituales menciones a familiares vivos y la información sobre el tanatorio. Evers no había tenido absolutamente nada que ver con la defunción del viejo carnicero beodo, salvo la mala suerte de ser una de sus víctimas. Aliviado, esa noche levantó unas cuantas copas de más en honor al doctor Young.

Pidió comida a domicilio, pero tardó una eternidad en llegar y para entonces él ya estaba como una cuba. Resultó que el episodio de *CSI* era una reposición, y todas las series que daban eran malas. ¿Dónde estaba Bob Newhart cuando se le necesitaba? Se cepilló los dientes, tomó dos pastillas de Ambien de Ellie y permaneció bamboleándose frente al espejo del cuarto de baño, con los ojos inyectados en sangre.

—Dadme un hígado lo bastante largo —dijo— y moveré el puto mundo.

Volvió a dormir hasta tarde, se recuperó a base de café instantáneo y copos de avena, y le alegró leer en el periódico que los Red Sox habían llegado para una gran serie de partidos durante el fin de semana. Celebró el primero con un filete y programó el grabador digital para captar cualquier espíritu malévolo que su pasado pudiera vomitar. Si aparecía alguno, esta vez estaría preparado.

Ocurrió llegada la séptima entrada de un partido empatado, durante una jugada crucial en la base meta. De haberse levantado a fregar los platos, se lo habría perdido, pero en aquel momento estaba sentado en el borde del sofá, completamente metido en el partido, concentrado en cada servicio. Longoria bateó un doble hacia el hueco del centro por la izquierda y Upton trató de completar carrera desde la primera base. El lanzamiento lo rebasó, pero era abierto, casi paralelo a la línea de primera. Mientras el receptor de los Sox, Kelly Shoppach, se lanzaba hacia la base meta haciendo un barrido, detrás de la pantalla un niño flacucho y pecoso de unos nueve años se levantó de su asiento.

Llevaba el flequillo cortado recto, lo que en el colegio, donde era objeto de pullas, llamaban «pelo casco». «¡Eh, Casquete! —solían agobiarlo en el gimnasio al tiempo que le daban collejas y convertían todos los juegos en un suplicio para él—. ¡Eh, Casquete, Casco, Casquete!»

Se llamaba Lester Embree, y en las sombras del Tropicana llevaba la misma camisa deshilachada a rayas rojas y azules y los mismos vaqueros anchos, descoloridos y con rodilleras que parecía vestir siempre en aquella primavera de 1954. Era blanco, pero vivía en el barrio de los negros de la ciudad, detrás del recinto ferial. No tenía padre, y el rumor más amable sobre su madre era que trabajaba en la lavandería del hospital Saint Joseph. Había llegado a Shrewsbury a mitad de curso procedente de algún pueblucho de Tennessee, y a Evers y su pandilla su traslado les parecía una estupidez, el desafío de un zoquete. Les encantaba imitar su forma de hablar arrastrando las palabras, y alargaban las respuestas entrecortadas que daba en clase hasta componer monólogos propios del gallo Claudio: «Señorita Pritchett, digo, señorita Pritchett, señora, debe saber que me he hecho mis cosas, digo, mis cosas, en estos bombachos que llevo».

En la pantalla, Upton se levantó de un salto mirando al receptor e hizo la seña de salvado en el mismo instante en que el árbitro le contradecía levantando su puño cerrado en el aire. Otra cámara hizo un plano largo para mostrar a Joe Maddon saliendo enfurecido de la caseta del entrenador. El público, que abarrotaba el estadio, se puso como loco.

En la repetición —antes incluso de que Evers rebobinara con el mando a distancia— se vio a Lester Embree y su ridículo pelo casco por encima del anuncio de la FOX 13 grabado en el recubrimiento azul del muro, y luego, cómo Upton evitaba claramente la eliminación realizando un hábil derrape lateral. Aquel chico callado al que Evers y sus amigos habían visto que sacaban, arrugado y sin dedos, del estanque Marsden, se levantó y señaló, con un muñón mordisqueado por los peces, no al partido que se desarrollaba frente a él, sino, como si pudiera ver el apartamento fresco y mal iluminado, directamente a Evers. Movía los labios, y no daba la impresión de que estuviera diciendo «árbitro comprado».

—Venga ya —rezongó Evers, como si se refiriera al error arbitral—. Joder, si era un crío.

La tele volvió al directo... y era directo de verdad. Joe Maddon y el árbitro de la base meta estaban teniendo sus más y sus menos, más menos que mases. Los dos sacaban pecho, y no había que ser adivino para saber que Maddon acabaría siguiendo el partido desde los

vestuarios. Evers no tenía ningún interés en ver cómo expulsaban al entrenador de los Rays. Con el mando a distancia rebobinó hasta donde había aparecido Lester Embree.

«A lo mejor no está —pensó—. A lo mejor los fantasmas no quedan grabados, igual que los vampiros no se reflejan en un espejo.»

Pero ahí estaba Lester Embree, en las gradas, nada menos que en los asientos caros. De pronto, recordó el día en que había encontrado a Casquete esperándolo junto a su taquilla en el colegio Fairlawn. Nada más verlo le habían entrado ganas de atizarle un buen golpe. Al fin y al cabo el mamoncete estaba invadiendo su propiedad privada.

—Pararán si tú se lo dices —le había dicho Casquete con ese hablar campestre y lento tan suyo—. Hasta Kaz pararía.

Se refería a Chuckie Kazmierski, solo que nadie le llamaba Chuckie, ni siquiera ahora. Evers podía dar testimonio de ello porque Kaz era el único amigo de la infancia que conservaba. Vivía en Punta Gorda y a veces quedaban para jugar al golf. Dos jubilados felices, uno divorciado y el otro viudo. Rememoraban el pasado con frecuencia —¿qué otra cosa se les daba bien a los ancianos?—, pero hacía años que no hablaban de Casquete Embree. En aquel momento, Evers no tuvo más remedio que preguntarse el motivo. ¿Vergüenza? ¿Remordimiento? Por su parte, tal vez, pero por la de Kaz, casi seguro que no. Siendo el menor de seis hermanos y el más enclenque de su desharrapada pandilla, Kaz había tenido que ganarse cada pizca de respeto a puñetazos. Había llegado a ser el mandamás por las malas, con nudillos y sangre, y se tomaba la indefensión de Lester Embree como una afrenta personal. A él no le habían concedido nunca un respiro, ¿por qué tenían que darle un pase gratuito a aquel paleta llorica recién llegado? «En la vida nada es gratis —solía decir Kaz meneando la cabeza como si fuese una triste verdad—. De alguna forma, algún día, alguien tiene que pagar.»

«Probablemente Kaz ni siquiera se acuerde —pensó Evers—. Yo tampoco me acordaba; hasta esta noche.» Esa noche lo recordaba todo. En especial los ojos suplicantes del chaval aquel día junto a su taquilla. Grandes, azules y cándidos. Y su voz de pueblerino adulador suplicándole a él, como si de verdad estuviera en su mano concedérselo.

—A ti Kaz y los otros te hacen caso. Dejádme en paz, anda. Os daré dinero. Dos pavos por semana, que es *toa* mi paga. ¿No podemos llevarnos bien?

Por poco que le gustara, Evers recordaba su respuesta, que envolvió en una burla despiadada del acento del chico.

—Si *na* más quieres que nos llevemos bien, vete a otro *lao*, Casquete. ¿*Pa* qué quiero yo tu dinero, si seguro que está to lleno de gérmenes de maricona?

Como lugarteniente fiel, y no como el general por el que lo tenía Lester Embree, Evers había informado puntualmente a Kaz del asunto, embelleciendo la escena y riéndose de su propia imitación. Más tarde, a la sombra del asta de la bandera, había animado a Kaz desde el nervioso círculo de chicos que rodeaban la pelea. Para ser justos, aquello de pelea no tuvo nada, pues Casquete no se defendió en ningún momento. El primer golpe de Kaz lo tumbó, se acurrucó en el suelo hecho una bola y Kaz siguió atizándole puñetazos y patadas a voluntad. Luego, como si se hubiera cansado, se sentó a horcajadas encima de él y le inmovilizó los brazos contra el suelo por encima de la cabeza. Casquete sollozaba; de su labio partido salían burbujas sanguinolentas. Su camisa a rayas rojas y azules se había desgarrado en la refriega y la piel pálida de su pecho se veía a través del roto del tamaño de un puño. No opuso resistencia cuando Kaz, después de soltarle las muñecas, aferró el roto con las dos manos y le rasgó la camisa entera. El cuello se le resistió, así que lo arrancó por encima de las orejas de Casquete con tres tirones bruscos; luego se levantó, ondeó el jirón de tela en el aire como si fuera un lazo, se lo lanzó y se marchó. Lo que asombró a Evers, además del salvajismo interno de Kaz y el estilo con que había aniquilado a su adversario, fue la rapidez con que había sucedido todo. En total, no habrían pasado más de dos minutos. Los profesores ni siquiera habían salido del

edificio.

Cuando el chico desapareció una semana después, Evers y sus amigos pensaron que debía de haberse escapado de casa. La madre de Casquete no opinaba lo mismo. Dijo que a su hijo le gustaba dar paseos por el monte. Siempre tenía la cabeza en las nubes, así que podía haberse perdido. Peinaron al milímetro todos los bosques cercanos, y hasta hicieron llevar equipos de sabuesos de Boston. Como eran *boy scouts*, Evers y sus amigos participaron en la búsqueda. Oyeron el revuelo que se levantó cerca del dique del estanque Marsden y acudieron corriendo. Después, cuando vieron la figura sin ojos que emergió empapada desde el desagüe, todos desearon no haber ido.

Y ahora, solo Dios sabía cómo, allí estaba Lester Embree, en el estadio Tropicana, siguiendo con otros aficionados el desarrollo del juego en la base meta. Casi no le quedaban dedos, pero parecía que conservaba los dos pulgares. Y los ojos, y la nariz. Bueno, casi toda la nariz. Lester miraba a Dean Evers a través de la pantalla del televisor, igual que la señorita Nancy cuando aleccionaba a los niños mirando a través de su espejo mágico en su programa infantil. «Romper-stomper-bomper-boo —le gustaba entonar a la señorita Nancy en los viejos tiempos—. Mi espejo mágico te ve.»

El muñón de Lester señalando. La boca de Lester moviéndose. ¿Diciendo qué? Evers solo tuvo que rebobinar dos veces para estar seguro: «Tú me asesinaste».

—¡No es verdad! —gritó al chico de la camisa a rayas rojas y azules—. ¡No es verdad! ¡Te caíste al Marsden! ¡Te caíste al estanque! ¡Te caíste al estanque y fue por tu culpa, joder!

Apagó el televisor y se fue a la cama. Se quedó un rato tumbado, tieso como un alambre; luego se levantó a por dos pastillas de Ambien y se las tragó con una buena dosis de escocés. Al menos, la combinación de pastillas y alcohol acabó con su rigidez. Pero siguió despierto, mirando la oscuridad con unos ojos que notaba tan dilatados y tensos como pomos de latón. A las tres giró el radio-despertador hacia la pared. A las cinco, cuando los primeros indicios del amanecer iluminaron las cortinas, se le ocurrió una idea reconfortante. Deseó explicársela a Casquete Embree pero, ya que no podía, se conformó con decirla en voz alta:

—Si fuera posible volver atrás en una máquina del tiempo y cambiar las idioteces que algunos hacíamos en el colegio y en el instituto, Casquete, viejo amigo, ese artilugio estaría ocupado sin parar hasta el siglo xxiii.

Y ahí estaba el asunto. No se podía culpar a unos chavales. Los adultos tenían más conocimiento, pero los niños eran tontos por naturaleza. A veces también malévolos por naturaleza. Recordó vagamente la historia de una chica neozelandesa que había golpeado con un ladrillo a la madre de su mejor amiga hasta matarla. Había dado como mínimo cincuenta ladrillazos a la pobre señora y, cuando fue declarada culpable, cumplió una condena de... ¿Cuánto? ¿Siete años? ¿Cinco? ¿Menos? Al salir se mudó a Inglaterra y se hizo azafata de vuelos comerciales. Más adelante se convirtió en una escritora muy popular de novelas de misterio. ¿Quién le había contado esa historia? Ellie, quién iba a ser. A Ellie le gustaban mucho las novelas de misterio; siempre intentaba (y a menudo lo lograba) adivinar quién era el culpable.

—Casquete —dijo Evers a la penumbra menguante de su dormitorio—, no puedes echarme la culpa. Alego discapacidad.

Evers sonrió. Y como si hubiera estado esperando aquella conclusión, en su mente creció una idea reconfortante. «No hace falta que vea el partido de esta noche. No tengo ninguna obligación.»

Aquello bastó para noquearlo. Despertó poco después del mediodía; desde la época de la universidad que no dormía hasta tan tarde. En la cocina pensó brevemente en los copos de avena y acto seguido se frió tres huevos en mantequilla. De haber tenido, habría echado también algo de beicon. Lo que sí pudo hacer fue apuntarlo en la lista de la compra sujeta a la

nevera con un imán en forma de pepino.

—Esta noche no hay partido —dijo al apartamento vacío—. ¿Pa qué, si lo *mimmo* puedo...?

Oyó lo que estaba haciendo su voz y dejó la frase en el aire, perplejo. Se le ocurrió que tal vez no tuviera demencia senil ni Alzheimer precoz; que quizá fuera una sencilla crisis nerviosa de las de toda la vida. Parecía una explicación sensata para los acontecimientos recientes, pero el conocimiento era poder. Si sabes lo que está ocurriendo, puedes impedirlo, ¿no?

—A lo mejor me voy a ver una película —dijo con su propio acento. Sin levantar la voz. En tono razonable—. A eso me refería.

Al final cambió de opinión. Aunque había unas veinte salas de cine en las inmediaciones, en ninguna ponían nada que le apeteciera ver. Decidió acercarse al Publix, donde llenó la cesta con cosas ricas, entre ellas medio kilo del beicon a la pimienta cortado en lonchas gruesas que tanto le gustaba a Ellie. Se acercó a la caja rápida, vio que la cajera llevaba una camiseta de los Rays con el número 20 de Matt Joyce en la espalda y cambió de cola. Tardaría más tiempo, pero le daba igual. También se dijo que no estaba pensando en que, en aquel momento, alguien estaría cantando el himno nacional en el Tropicana. Había comprado la última novela de Harlan Coben en edición de bolsillo, un poco de beicon literario para acompañar a la variedad literal. Lo leería esa noche. El béisbol no tenía nada que hacer frente al terror en los suburbios patentado por Coben, ni aun si ese día Jon Lester iba a enfrentarse a Matt Moore. Para empezar, ¿cómo podía interesarle un deporte tan lento y aburrido?

Guardó la compra y se sentó en el sofá. El libro de Coben era tremendo, y se metió de lleno desde el principio. Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que había cogido el mando a distancia, pero cuando terminó el sexto capítulo y decidió hacer una pausa para comer un trocito de tarta de limón Pepperidge Farm, lo tenía en la mano.

«Tampoco pasa nada por mirar cómo van —pensó—. Un vistazo rápido y la apago.»

Los Rays ganaban por uno a cero en la octava, y DeWayne Staats estaba tan emocionado que farfullaba:

«No sé qué le pasa a Matt Moore esta noche, amigos; soy de la vieja escuela, pero digamos únicamente que los de Boston aún no han pisado una base.»

«Un servicio perfecto —pensó Evers—. A Moore le está saliendo un servicio perfecto y yo me lo estaba perdiendo.»

Plano corto de Moore. Estaba sudando, incluso en los veintidós grados constantes que había en el Tropicana. Se preparó para servir, la imagen cambió a la meta base y allí, en la tercera fila, estaba la difunta esposa de Evers con la misma equipación blanca de tenis que llevaba el día en que sufrió la primera apoplejía. Habría reconocido esos ribetes azules en cualquier parte.

Estaba muy morena, lo normal en ella a esas alturas del verano; como siempre en el estadio, trasteaba con su iPhone y pasaba por completo del partido. En un momento de distracción, Evers se preguntó a quién estaría enviando mensajes —¿a alguien de aquí o a alguien de la otra vida?— cuando su móvil vibró en su bolsillo.

Ellie se llevó el teléfono a la oreja y le saludó con la mano.

«Cógelo», vocalizó, y señaló su propio teléfono.

Evers negó con la cabeza, despacio.

Su móvil vibró de nuevo, como una suave descarga eléctrica en su muslo.

—No —dijo al televisor, y pensó con lógica: «Que deje un mensaje».

Ellie lo miró y agitó el teléfono.

—Esto no está bien —dijo Evers. Porque Ellie no era como Casquete Embree, Lennie Wheeler o el joven doctor Young. Su esposa le amaba, estaba seguro, y él la amaba a ella. Cuarenta y seis años significaban algo, y más con los tiempos que corrían.

Escrutó su rostro. Ellie parecía sonreír y, aunque Evers no tenía un discurso preparado, supuso que le apetecía decirle lo mucho que la echaba de menos, y contarle cómo era su día a día y cuánto deseaba estar más cerca de Pat, Sue y los nietos, porque en realidad no tenía a nadie más con quien hablar.

Sacó el teléfono del bolsillo. Aunque la línea de Ellie llevaba meses anulada, el número que apareció era el suyo.

En la tele, Moore andaba por detrás del montículo haciendo equilibrios con la bolsita de colofonia sobre el dorso de su mano de lanzar.

Y ahí estaba ella, justo detrás de David Ortiz, alzando su teléfono.

Evers pulsó RESPONDER.

—¿Sí? —dijo.

—Ya era hora —dijo ella—. ¿Por qué no lo cogías?

—No lo sé. Es un poco raro, ¿no te parece?

—¿Qué es raro?

—No sé. Que no estés aquí y eso.

—Quieres decir muerta. Que esté muerta.

—Eso.

—O sea que no quieres hablar conmigo porque estoy muerta.

—No —replicó él—. Contigo siempre quiero hablar. —Sonrió (o al menos creyó que sonreía; habría tenido que mirarse al espejo para confirmarlo porque notaba la cara congelada)—. Te quiero, cariño, viva o muerta.

—Pero qué mentiroso eres. Es lo que siempre odié de ti. Eso y que te tiraras a Martha, claro. Eso no me hacía ninguna gracia.

¿Qué podía decir a eso? Nada. Así que se quedó callado.

—¿Pensabas que no lo sabía? —preguntó ella—. Esa es otra cosa que odiaba de ti, que pensaras que no sabía lo que estaba pasando. Era tan evidente... Un par de veces volviste a casa apestando a su perfume. Juicy Couture. No es el más sutil de los aromas. Pero tú tampoco fuiste nunca el más sutil de los hombres, Dean.

—Te echo de menos, Ellie.

—Sí, ya, yo también te echo de menos. No estaba hablando de eso.

—Te quiero.

—Deja de intentar manejarme, ¿vale? Tengo que hacer esto. Nunca te dije nada porque necesitaba que las cosas funcionaran y seguir adelante. Yo soy así. O era así, lo que sea. Y eso es lo que hice. Pero me hiciste daño. Me heriste.

—Lo sien...

—Venga ya, Dean. Solo me quedan un par de minutos, así que por una vez en tu vida haz el favor de callar y escuchar. Me hiciste daño, y no fue solo con lo de Martha. Y aunque estoy bastante segura de que solo te acostaste con Martha...

Eso dolió.

—Por supuesto que no...

—... tampoco esperes que te conceda una medalla. No tenías tiempo de engañarme con nadie de fuera de la empresa porque te pasabas allí todo el día. Incluso cuando estabas conmigo, estabas allí. Yo lo entendía, y a lo mejor la culpa la tuve yo por no imponerme, pero con quien fuiste injusto de verdad fue con Patrick. Si te preguntas por qué no lo ves nunca, es porque nunca estabas ahí cuando te necesitaba. Siempre estabas en Denver, o en Seattle, en alguna reunión comercial o lo que fuera. El egoísmo es un comportamiento aprendido, ya lo sabes.

Evers había escuchado aquellos reproches muchas veces y en diversas formas, y su atención flaqueó. Moore llevaba un conteo de tres bolas y dos *strikes* sirviendo a Ortiz. «Aún no han

pisado una base», había dicho Staats. ¿Sería verdad que Matt Moore no había dejado correr ni a un bateador?

—Siempre estabas demasiado preocupado por tus cosas y no lo suficiente por el resto de nosotros. Creías que bastaba con traer el beicon a casa.

«Y lo he hecho —estuvo a punto de replicar él—. He traído el beicon a casa. Esta misma noche.»

—¿Dean? ¿Me estás escuchando? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí —dijo Evers mientras el lanzamiento de Moore pasaba por la esquina exterior y el árbitro eliminaba a Ortiz—. ¡Sí!

—¡Conozco ese «sí»! ¿Será posible? ¿Estás viendo el estúpido partido?

—Pues claro que estoy viendo el partido.

Aunque ahora habían puesto un anuncio de camiones. Un hombre sonriente, que sin duda sabía lo que se hacía, conducía un camión a velocidad de vértigo por un barrizal.

—No sé para qué he llamado. Eres desesperante.

—No —dijo Evers—. Te echo de menos.

—Dios mío, no sé ni por qué me molesto. Déjalo estar. Adiós.

—¡No! —exclamó él.

—Intenté ser amable..., la historia de mi vida. Intenté ser amable y mira dónde acabé. Los que son como tú pisotean a la gente amable. Adiós, Dean.

—Te quiero —volvió a decir él, pero su esposa ya no estaba y, cuando terminó la publicidad, la mujer del top de lentejuelas ocupaba el asiento de Ellie.

La mujer del top era una habitual del Tropicana. A veces llevaba un top azul y a veces uno verde, pero siempre centelleaba. Seguro que se los ponía para que la reconocieran los de casa. Como si le hubiera leído la mente, la mujer saludó con la mano y Evers le devolvió el gesto.

—Sí, zorra, ya te veo. Sales en la tele, zorra. Un jodido buen trabajo.

Se levantó y se sirvió un escocés.

En la novena, una bola bateada por Ellsbury hacia la derecha rebotó a un lado y le permitió llegar a la primera base. El público se puso en pie para agradecer el esfuerzo a Moore con un aplauso. Evers apagó el televisor y se sentó frente a la pantalla oscura, rumiando sobre lo que había dicho Ellie.

A diferencia de la acusación de Casquete Embree, la de Ellie era cierta. «Bastante cierta», se corrigió, y luego cambió por «al menos, cierta en parte». Ella lo conocía mejor que nadie en este mundo —o en cualquier otro—, pero nunca había estado dispuesta a admitir los méritos de Evers. Al fin y al cabo, él había sido quien había llenado la nevera durante todos esos años, y el beicon siempre era del bueno. Él era también quien había pagado la nevera, nada menos que una Sub-Zero de gama alta, muchas gracias. Le había pagado el Audi. Y sus cuotas del club del tenis. Y su masajista. Y todas las cosas que compraba por catálogo. ¡Y no vayamos a olvidarnos de la universidad de Patrick! Evers había tenido que ingeniárselas como había podido a base de becas, préstamos y trabajos veraniegos de mierda para poder licenciarse, pero a Patrick su padre se lo había dado todo masticadito. El padre al que siempre estaba demasiado ocupado para llamar.

«Vuelve de entre los muertos y ¿qué hace? Quejarse. Quejarse a través del puñetero iPhone que pagué yo.»

Recordó un viejo dicho y deseó habérselo recitado a Ellie cuando todavía tenía oportunidad: «El dinero no da la felicidad, pero permite soportar la infelicidad con cierta comodidad».

Eso la habría puesto en su sitio.

Cuanto más pensaba en los años que habían pasado juntos —y nada como hablar con tu esposa muerta mientras la ves sentada en las gradas para pensar en esas cosas—, más se convencía de que, aunque no había sido un marido perfecto, había sido normal. La quería, a ella

y a Patrick, y siempre intentó mostrarse amable con ellos. Había trabajado mucho para darles todo lo que él nunca tuvo, convencido de que estaba haciendo lo correcto. Si no había sido suficiente, ahora ya no podía hacer nada para remediarlo. Y en cuanto al lío con Martha..., un polvo de vez en cuando no significaba nada. Eso lo entendía cualquier hombre (Kaz sin duda lo habría entendido), pero las mujeres no.

En la cama, mientras caía en una gozosa inconsciencia consistente en tres partes de Ambien y dos de escocés, se dio cuenta de que la bronca de Ellie le había supuesto un extraño alivio. ¿A quién más podían enviar (quienes fueran) para que lo atormentara? ¿Quién podría conseguir que se sintiera aún peor? ¿Su madre? ¿Su padre? Los había querido, pero no tanto como había querido a Ellie. ¿La señorita Pritchett? ¿Su tío Elmer, que siempre le hacía cosquillas hasta que se meaba encima?

Acurrucándose entre las sábanas, Evers soltó una risita. No, lo peor ya había pasado. Y aunque al día siguiente habría otra magnífica pareja de lanzadores en el Tropicana, Josh Beckett contra James Shields, no tenía por qué verlo. Su último pensamiento fue que, a partir de entonces, tendría más tiempo para la lectura. Tal vez Lee Child. Hacía tiempo que le apetecían los libros de Lee Child.

Pero antes tenía que acabar el de Harlan Coben. Pasó la tarde perdido entre los verdes e implacables barrios residenciales. Cuando el sol se puso otro domingo de St. Petersburg, le quedaban unas cincuenta páginas y avanzaba a buen ritmo. Fue entonces cuando su teléfono vibró. Lo cogió con precaución (como un hombre cogería una trampa para ratones cargada) y miró la pantalla. Al ver el número se alivió. La llamada era de Kaz y, a menos que su viejo colega hubiera sufrido un infarto fatal (lo cual no estaba descartado puesto que le sobran quince kilos como mínimo), llamaba desde Punta Gorda y no desde el más allá.

Aun así, Evers fue cauto; después de todo lo que había pasado tenía motivos.

—Kaz, ¿eres tú?

—¿Quién diablos quieres que sea? —vociferó Kaz. Evers hizo una mueca y se alejó el móvil de la oreja—. ¿El puto Barack Obama?

Evers soltó una risita.

—No, es que...

—¡Puto Dino Martino! ¡Menudo cabronazo estás hecho! ¿Tienes asiento en primera fila y ni siquiera me llamas?

Desde muy lejos, Evers se oyó decir:

—Solo conseguí una entrada.

Miró el reloj. Las ocho y veinte. Ya debían de ir por la segunda entrada, a no ser que Rays contra Red Sox fuera el partido de los domingos a las ocho en punto en la ESPN.

Estiró el brazo hacia el mando a distancia.

Kaz, mientras tanto, se reía. Como se rió aquel día en el patio del colegio. Entonces tenía el tono más alto, pero por lo demás la risa era idéntica. Él seguía siendo idéntico. Era un pensamiento deprimente.

—Tranquilo, hombre, lo decía para tocarte los cojones. ¿Qué tal se ve desde ahí?

—Genial —dijo Evers pulsando el botón de encendido en el mando.

En la FOX 13 echaban una película antigua de Bruce Willis haciendo explotar cosas. Pulsó el 29 y apareció la ESPN. Shields estaba sirviendo a Dustin Pedroia, el segundo en la alineación de los Sox. El partido acababa de empezar.

«Estoy condenado al béisbol», pensó Evers.

—¿Dino? ¡La Tierra llamando a Dino Martino! ¿Sigues ahí?

—Aquí estoy —dijo Evers, y subió el volumen.

Pedroia sacó el bate y falló. El público aulló y los irritantes cencerros que solían llevar los hinchas de los Rays tañeron con fervor maníaco.

—Acaban de eliminar a Pedroia.

—¡No me jodas! No estoy ciego, Stevie Wonder. Hoy los hinchas de los Rays están animados, ¿eh?

—Animadísimos —dijo Evers sin sentimiento—. Qué buena noche para un partido.

Era el turno de Adrián González. Y allí, sentado en primera fila justo detrás de la pantalla, haciendo una magnífica suplantación de un viejo arrugado que había emigrado a la soleada Florida para pasar allí su senectud, estaba Dean Patrick Evers.

Llevaba una ridícula mano de gomaespuma con el dedo extendido y, aunque no podía leerlo ni con su pantalla de alta definición, sabía lo que ponía en ella: LOS RAYS SON LOS N.º 1. El Evers del sofá se quedó mirando al Evers de la grada con el teléfono pegado a la oreja. El Evers del estadio le devolvió la mirada; en la mano que no era de gomaespuma sostenía el mismo teléfono. Presa de una rabia que ni siquiera su asombro aturdido logró sofocar, observó que el Evers del Tropicana llevaba una camiseta de los Rays.

«Jamás —pensó—. Esos son colores de traidor.»

—¡Ahí estás! —gritó Kaz, exultante—. ¡Vamos, saludame, colega!

El Evers del estadio levantó la mano de gomaespuma y la meneó con solemnidad, como si fuera un limpiaparabrisas gigantesco. El Evers de casa, funcionando en modo piloto automático, hizo lo mismo con su mano libre.

—Me encanta la camiseta, Dino —dijo Kaz—. Verte con los colores de los Rays es como ver a Doris Day en topless. —Soltó una risita.

—Tenía que ponérmela —dijo Evers—. El que me dio la entrada se empeñó. Oye, tengo que colgar. ¿Nos tomamos una cerveza y un pe...? ¡Dios mío, allá va!

González había hecho un lanzamiento largo, alto y profundo.

—¡Tómame una a mi salud! —gritó Kaz.

En el carísimo televisor de Evers, González recorría las bases con parsimonia. Mientras lo contemplaba, de pronto Evers supo qué debía hacer. Solo había una forma de poner fin a aquella broma cósmica. Era domingo por la noche, así que el centro de la ciudad estaría desierto. Si cogía un taxi, podía plantarse en el Tropicana al final de la segunda entrada. Quizá incluso antes.

—¿Kaz?

—Dime, colega.

—Tendríamos que habernos portado mejor con Lester Embree. Eso o dejarlo en paz.

Pulsó FIN DE LLAMADA antes de que Kaz pudiera contestar. Apagó la tele. Entonces fue a su dormitorio, rebuscó entre la ropa plegada de la cómoda y encontró su adorada camiseta de Curt Schilling, la que delante tenía el calcetín ensangrentado y detrás el lema ¿POR QUÉ NO NOSOTROS? Schilling había sido un dios que no le temía a nada. Cuando el Evers con camiseta de los Rays viera la que llevaba él, se esfumaría como la pesadilla que era y todo aquello habría terminado.

Evers se puso la camiseta a toda prisa y llamó a un taxi. Había uno muy cerca que acababa de dejar a un pasajero. Las calles estaban tan desiertas como esperaba. El taxista escuchaba el partido por la radio. Los Sox seguían bateando en la primera parte de la segunda entrada cuando el taxi se detuvo frente al acceso principal del estadio.

—Tendrá que conformarse con un asiento en el gallinero —dijo el taxista—. Las entradas para los partidos de los Sox contra los Rays están pilladísimas.

—Tengo una justo detrás de la base meta —dijo Evers—. Si luego para en algún sitio donde tengan puesto el partido, a lo mejor me ve. Busque la camiseta del calcetín ensangrentado.

—Oí decir que la empresa de videojuegos que montó ese puto calcetinero se fue a pique —comentó el taxista mientras Evers le daba un billete de diez.

El hombre miró, vio que Evers seguía sentado detrás con la puerta abierta y le dio el cambio

a regañadientes. Evers solo le devolvió un billete arrugado de un dólar.

—Alguien con asiento en primera fila debería dejar mejores propinas —refunfuñó el taxista.

—Alguien con dos dedos de frente debería cuidar lo que dice del gran Schill —repuso Evers—. Al menos, si quiere una propina decente.

Salió del vehículo, dio con un portazo y se dirigió a la entrada.

—¡Que te jodan, Boston! —gritó el taxista.

Sin volverse, Evers levantó un dedo, esta vez de verdad y no de gomaespuma.

El vestíbulo estaba casi desierto y se oía el estruendo del público dentro del estadio. TODO VENDIDO, fanfarroneaban los luminosos encima de las taquillas cerradas. Solo había una ventanilla abierta; la del fondo, la de venta por teléfono.

«Sí —pensó Evers—, porque me han telefoneado, desde luego.» Enfiló hacia ella como si se desplazara sobre raíles.

—¿Puedo ayudarle, caballero? —preguntó una taquillera muy guapa.

¿Oía a Juicy Couture? No podía ser. Se acordó de cuando Martha le decía «Es mi perfume de guarrilla. Solo me lo pongo contigo». Siempre estaba dispuesta a hacer cosas con las que Ellie ni siquiera soñaría, cosas que él recordaba en los momentos más inoportunos.

—¿Puedo ayudarle, caballero?

—Disculpe —dijo Evers—. Se me ha ido el santo al cielo.

La mujer sonrió, como se esperaba de ella.

—¿Tiene una entrada a nombre de Evers? ¿Dean Evers?

No hubo titubeos ni búsquedas en una caja llena de sobres, porque solo quedaba un sobre. Llevaba su nombre escrito. La taquillera se lo entregó por el hueco del cristal.

—Que disfrute del partido.

—Ya veremos —dijo Evers.

Se dirigió al Acceso A mientras abría el sobre y sacaba la entrada. Había un papel sujeto con un clip; solo cuatro palabras bajo el emblema de los Rays: «Cortesía de la dirección». Subió la rampa a paso ligero y entregó la entrada a un acomodador malhumorado por estar viendo de pie cómo Elliot Johnson escarbaba el terreno para batear frente a Josh Beckett. El viejo acomodador debía de tener como mínimo medio siglo más que sus patronos. Como tantos de su especie, no tenía prisa. Ese era uno de los motivos por los que Evers ya no cogía el coche.

—Buen asiento —dijo el acomodador enarcando las cejas—. Casi el mejor de la casa. Y va usted y llega tarde —le reprochó negando con la cabeza.

—Habría llegado antes —dijo Evers—, pero mi mujer murió.

El acomodador, que estaba dándose la vuelta, se detuvo de golpe, con la entrada de Evers en la mano.

—Te lo has tragado... —dijo Evers sonriendo y disparándole con la mano una bala imaginaria—. Esta nunca falla.

El acomodador no puso cara de que le hubiera hecho gracia.

—Sígame, señor.

Bajaron un tramo escarpado de escalones tras otro. El acomodador estaba en peor forma que Evers, todo piel suelta y manchas de la edad. Cuando llegaron a la primera fila, Johnson estaba volviendo a la cueva, eliminado por tres *strikes*. El asiento de Evers era el único vacío..., aunque no vacío del todo. Apoyada contra el respaldo había una manaza de gomaespuma de color azul que blasfemaba: LOS RAYS SON LOS N.º 1.

«Mi asiento», pensó Evers y, mientras cogía la mano insultante y se sentaba, se dio cuenta sin apenas sorprenderse de que ya no llevaba puesta su adorada camiseta de Schilling. En algún momento entre el taxi y aquella ridícula silla acolchada del capitán Kirk, había sido reemplazada por una camiseta color turquesa de los Rays. Y aunque no podía verse la espalda, sabía de qué jugador era: Matt Young, el antiguo número 20.

—El joven Matt Young —dijo; una ocurrencia que sus vecinos de grada (a ninguno de los cuales reconoció) ignoraron con descaro.

Evers miró alrededor buscando a Ellie, a Casquete Embree y a Lennie Wheeler en la gradería, pero solo había una mezcla de hinchas anónimos de los Rays y los Sox. Ni siquiera vio a la mujer del top de lentejuelas.

En un cambio de bateador, mientras Evers estaba mirando justo detrás de él, su vecino de la derecha le dio unos golpecitos en el brazo y señaló la pantalla gigante justo a tiempo para que viera una versión de sí mismo girándose ampliada hasta lo grotesco.

—Vaya, no te has visto —dijo el tipo.

—No pasa nada —replicó Evers—. Ya he salido bastante en la tele últimamente.

Antes de que Beckett acabara de decidirse entre su bola rápida y la media por abajo, el móvil de Evers vibró en su bolsillo.

«Ni siquiera voy a poder ver el partido en paz.»

—Qué hay —dijo.

—¿Con quién hablo? —La voz de Chuckie Kazmierski sonaba aguda y hostil. Era su voz de estoy-listo-para-pelear.

Evers conocía bien ese tono: lo había oído muchas veces en el largo transcurso de los años entre la escuela Fairlawn y aquel asiento del estadio Tropicana, donde brillaba una luz sucia y nunca había estrellas.

—¿Eres tú, Dino?

—¿Quién voy a ser?, ¿Bruce Willis?

Beckett falló el servicio por abajo. El público hizo sonar sus estúpidos cencerros.

—Dino Martino, ¿no?

«Madre mía —pensó Evers—. Lo próximo será que nos pongamos a interpretar el gag del béisbol de Abbott y Costello.»

—Sí, Kaz, soy el artista también conocido como Dean Patrick Evers. En segundo comíamos pegamento juntos, ¿te acuerdas? Quizá nos pasamos.

—¡Eres tú! —exclamó Kaz, y Evers tuvo que alejarse el móvil de la oreja—. ¡Ya le he dicho al policía ese que se dejara de chorradas! Que le den al detective Kelly.

—¿Se puede saber de qué narices hablas?

—De un tipo muy estirado que se hacía pasar por policía, de eso hablo. Ya sabía yo que no podía ser poli de verdad, con lo oficial que sonaba el muy cabrón.

—¡Je! —dijo Evers—. Un oficial oficial, qué cosas.

—El tío me dice que estás muerto, así que voy yo y le digo: «Si está muerto, ¿cómo es que acabo de hablar con él por teléfono?». Y el poli, el supuesto poli, me suelta: «Creo que se equivoca, señor. Habrá hablado con otra persona». Y yo: «¿Y cómo es que lo he visto en la tele en el partido de los Rays?». Y el presunto policía dice: «Pues o bien ha visto a alguien parecido a él o bien hay alguien parecido a él muerto en su apartamento». ¿Te lo puedes creer?

Beckett sirvió una bola corta. Estaba colándolas por todas partes. Al público le encantaba.

—Si no era una broma, supongo que alguien ha metido la pata hasta el fondo.

—¡No me digas! —Kaz soltó su carcajada marca de la casa, grave y áspera—. Más que nada porque estoy hablando contigo ahora mismo, joder.

—Me has llamado para asegurarte de que seguía vivo, ¿verdad?

—Sí. —Ahora que empezaba a tranquilizarse, Kaz parecía perplejo.

—Dime una cosa: si hubiera resultado que estaba muerto, ¿me habrías dejado un mensaje en el buzón de voz?

—¿Qué? Dios, yo qué sé.

Kaz parecía más desconcertado que nunca, pero eso no era nuevo. Todo lo desconcertaba. Los acontecimientos, las otras personas, seguramente hasta los latidos de su corazón. Evers

supuso que en parte por eso se enfadaba tan a menudo. Hasta cuando no estaba enfadado, estaba listo para enfadarse.

«Estoy hablando de él en pasado», cayó en la cuenta Evers.

—El tío con el que he hablado ha dicho que te han encontrado en tu piso. Que llevabas tiempo muerto.

El vecino de asiento de Evers volvió a avisarle con el codo.

—Sales favorecido, colega —dijo.

En la pantalla gigante se veía, impactante por su familiaridad hogareña, el dormitorio de Evers en penumbra. En el centro de la cama que había compartido con Ellie, un colchón de matrimonio con doble acolchado demasiado grande para él solo, yacía Evers inmóvil y pálido, con los párpados entrecerrados, los labios amoratados y la boca en un rictus tenso. La baba seca del mentón parecía una telaraña antigua.

Cuando Evers se volvió hacia su vecino para que le confirmara lo que estaba viendo, el asiento de su lado (la fila, la gradería, el estadio Tropicana entero) estaba desierto. Sin embargo, los jugadores seguían con el partido.

—Dicen que te suicidaste.

—¡Qué voy a suicidarme! —replicó Evers, y pensó: «El maldito Ambien caducado. Y puede que mezclarlo con el whisky escocés no fuera tan buena idea. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Desde el viernes por la noche?».

—Lo sé, no sería propio de ti.

—Entonces, ¿estás viendo el partido?

—He apagado la tele. El puto poli... ese cabrón estirado... me ha puesto de los nervios.

—Vuelve a encenderla —pidió Evers.

—Vale —dijo Kaz—. Espera, que cojo el mando.

—¿Sabes? Tendríamos que habernos portado mejor con Lester Embree.

—Eso es agua estancada, viejo amigo. O agua pasada. O como coño se diga.

—Tal vez no. De ahora en adelante, no te enfades tanto. Procura ser más amable con la gente. Procura ser más amable con todo el mundo. Hazlo por mí, ¿vale, Kaz?

—Pero ¿a ti qué te pasa? Pareces una jodida tarjeta del día de la Madre.

—Supongo que sí —dijo Evers.

Por alguna razón esa idea le pareció triste. En el montículo, Beckett esperaba a que le hicieran la señal.

—¡Eh, Dino! ¡Ahí estás! A mí no me parece que estés muerto.

Kaz le dedicó su vieja y oxidada risa.

—Ni yo siento que lo esté.

—Por un momento me has asustado —dijo Kaz—. Puto bromista de los cojones. No sé de dónde ha sacado mi número.

—Ni idea —dijo Evers paseando la mirada por el estadio desierto.

Aunque, por supuesto, sí lo sabía. Después de la muerte de Ellie, entre los nueve millones de personas que vivían en Tampa-St. Petersburg, solo había podido dar el número de Kaz como teléfono de contacto para urgencias. Y esa idea era aún más triste.

—Bueno, colega, te dejo que veas el partido. ¿Jugamos a golf la semana que viene, si no llueve?

—Ya veremos —dijo Evers—. Pórtate bien, Kazzie, y...

Entonces se le unió Kaz y entonaron juntos el final de la frase, como habían hecho tantas y tantas veces en el pasado:

—¡No dejes que los cabrones te hundan!

Ya estaba; se había acabado. Sintió que las cosas volvían a moverse, un ajeteo detrás de él, en el límite de su campo visual. Miró alrededor, teléfono en mano, y vio al anciano y agarrotado

acomodador bajando las escaleras por delante de su tío Elmer, su tía June y varias chicas con las que había salido en el instituto, incluida la que estaba semiconsciente (quizá «inconsciente» se acercaría más a la verdad) cuando se acostó con ella. Detrás bajaban la señorita Pritchett, por una vez sin el pelo revuelto, la señora Carlisle, de la farmacia, y los Jansen, sus ancianos vecinos a quienes solía robarles las botellas vacías de leche del porche trasero. Desde el otro extremo, como una compañía de teatro al hacer su reverencia final, otro acomodador tan viejo como el primero estaba llenando las filas superiores con ex empleados de Speedy, algunos de ellos con el uniforme azul. Reconoció a Don Blanton, quien, interrogado por la policía en una investigación sobre pornografía infantil a mediados de los noventa, se había ahorcado en su garaje de Malden. Evers recordaba cuánto le había impresionado aquello, tanto por el hecho de que un conocido suyo estuviera implicado en pornografía infantil como por el último acto de Don. Siempre le había caído bien, no quería echarlo, pero, con una acusación como esa, ¿qué otra cosa podía hacer? La reputación de los empleados de una empresa influía en el balance de sus beneficios.

Aún le quedaba un poco de batería. «Qué narices», pensó. Era un partido importante. Seguro que en el Cabo lo estaban viendo.

—Hola, papá —respondió Pat.

—¿Estás viendo el partido?

—Los niños, sí. Los mayores estamos jugando a las cartas.

Al lado del primer acomodador estaba la hija de Lennie Wheeler, todavía vestida de gasa negra y con el velo puesto. Señaló a Evers como un espectro tenebroso. Había perdido la grasa acumulada, y Evers se preguntó si eso había pasado antes o después de morir.

—Ve a mirar el partido, hijo.

—Un momento —dijo Pat, y se oyó el chirrido de una silla—. Vale, lo estoy viendo.

—Justo detrás de la base meta, en primera fila.

—¿Qué tengo que buscar?

Evers se levantó tras la red e hizo aspavientos con su mano de gomaespuma azul.

—¿Me ves?

—No. ¿Dónde estás?

El joven doctor Young bajó los escalones a la pata coja, apoyándose en los respaldos de los asientos. En la bata blanca, a modo de medalla, tenía una mancha de sangre seca color café.

—¿Me ves ahora?

Evers alejó un poco el teléfono de su oreja y movió los dos brazos en el aire como un náufrago. El dedo esperpéntico se mecía de un lado a otro.

—No.

«Vale, pues no.»

No pasaba nada. En realidad, mejor así.

—Sé bueno, Patty —dijo Evers—. Te quiero.

Pulsó FIN DE LLAMADA mientras las gradas del estadio se iban llenando. No alcanzaba a ver quiénes habían ido a pasar con él la eternidad en el gallinero o al fondo del campo de juego, pero los asientos caros estaban ocupándose deprisa. Los acomodadores llegaron cargando con los restos desenchajados y envueltos en harapos de Casquete Embree, y detrás venía su madre, ojerosa después de un turno doble, y detrás Lennie Wheeler con el traje de rayas diplomáticas de su entierro, y su abuelo Lincoln con su bastón, y Martha y Ellie y su madre y su padre y toda la gente a la que había agraviado en su vida. Mientras iban ocupando su fila desde ambos extremos, Evers se metió el móvil en el bolsillo, volvió a sentarse y se quitó la mano de gomaespuma. La dejó en el asiento de su izquierda, ahora libre. Le guardaría el sitio a Kaz. Porque estaba seguro de que Kaz terminaría presentándose en algún momento, lo había visto en la tele y le había llamado. Si Evers había aprendido algo de cómo funcionaba aquello era que

ellos dos todavía no se lo habían dicho todo.

Estalló un hurra y luego el tañido de los cencerros. Los Rays seguían fuertes. En la parte baja de la gradería derecha, un tío gritón animaba al público para que empezara a hacer la ola. Como siempre que se distraía por algo, Evers miró el marcador para recordar el resultado. Solo estaban en la tercera entrada y Beckett ya había servido sesenta lanzamientos. Tal y como pintaban las cosas, iba a ser un partido largo.





STEPHEN KING. Es autor de más de cincuenta libros, todos grandes éxitos internacionales. Entre sus más recientes se encuentran *11/22/63* —que en el año 2011 fue nombrada uno de los diez mejores libros del año por *The New York Times Book Review* y mejor libro del año por la International Thriller Writers Association— *La cúpula*, la colección de la *Torre Oscura*, *Cell*, *Buick 8*, *Todo es eventual*, *Corazones en la Atlántida*, *La chica que amaba a Tom Gordon*, y *Saco de huesos*. Su aclamado libro semibiográfico, *Mientras escribo*, también ha sido un gran éxito internacional. En 2003 recibió la medalla del National Book Award Foundation for Distinguished Contribution to American Letters. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.



STEWART O'NAN. Nació en Pittsburgh, Pensilvania, en 1961. Entre sus libros premiados se encuentran *Snow Angels*, *Una oración por los que mueren*, *Last Night at the Lobster*, y *Emily, Alone*. Además ha escrito dos libros en conjunto con Stephen King: *Un rostro en la multitud* y *¡Campeones mundiales al fin!*

En 1996 la prestigiosa revista *Granta* lo nombró uno de los mejores jóvenes novelistas norteamericanos.

A principios de 2007 se estrenó en el Festival de Sundance la primera película basada en un libro de O'Nan, *Snow Angels*.

Vive en Pittsburgh.